

ASENSIO SÁEZ, UN HOMBRE CON ALMA DE NIÑO

JOSÉ MONERRI MURCIA

Cronista Oficial de Cartagena

La Unión, a caballo entre Cartagena y el Mar Menor y con un poco más de un siglo de existencia como municipio surgido de la fusión de El Garbanzal con Herrerías y que se asoma al mar por su diputación de Portmán, es una ciudad con personalidad propia que huele a minería y a un época romántica de principios del siglo XX que supo perpetuar Asensio Sáez. Y es que La Unión ha sido cuna de hombres célebres que han bebido, con agradecimiento y cariño, en las fuentes de los cantes, de los trovos y de las minas, de las que es un recuerdo perenne el Cabezo Rajao.

Asensio Sáez García es un ejemplo claro de la idiosincrasia del unionense. Fue nombrado Hijo Predilecto con todos los honores. Pero aunque no era de Cartagena, para los cartageneros como si lo fuera. Porque Asensio Sáez, que voluntariamente quiso vivir entre rumores de tarantas y de mineras, también se “entonaba” –y como si fuera en su propia casa– por cartageneras, las que nacieron en la calle de Canales y la plaza de Alcolea, con Enrique el de los Vidales o el Rojo el Alpargatero para extenderse por toda la comarca de la sierra que comparten ambos municipios desde antaño unidos por un ferrocarril de vía estrecha.

Por eso, no puede extrañar que a este polifacético hombre se le rindiera un homenaje en el Centro Cultural de Cajamurcia en Cartagena. Un homenaje de extraordinaria dimensión, como corresponde a quien es maestro en la escritura y en la pintura, con un estilo personalísimo. No en vano, el bueno de Asensio mereció pre-

mios como “Hucha de Plata”, “Ciudad de Murcia”, “Ciudad de Cartagena”, “Rodríguez de Almela”, “Chys”, “Cabezo de Oro de La Unión”, “Gabriel Sijé” y otros y el ser miembro numerario de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

Y ese homenaje celebrado los días 18 y 19 de diciembre de 1996, sirvió para que en torno a Asensio Sáez se reunieron, en dos mesas redondas, personas de singular relieve: en la primera, en la que se trató de “Un escritor que pinta”, participaron Tico Medina, Carlos Valcárcel, Muñoz Barberán y Esteban Bernal; y en la segunda, que versó sobre “Un pintor que escribe”, estuvieron presentes Verónica Dean-Thacker, Francisco Javier Díez de Revenga, Antonio Parra y Antonio Arco.

La publicación “Antología”, que contiene fragmentos de los ensayos, artículos, novelas, cuentos, breverías y poesías de Asensio, ha sido una edición que ha corrido a cargo de José Belmonte y Verónica Dean-Thacker. La exposición de esos personalísimos “collages” y óleos fue muy visitada como prueba del prestigio de que gozaba su autor entre todos aquellos que aman la Cultura.

Asensio Sáez, un hombre un tanto introvertido, sencillo pero de gran corazón, que no era enemigo de nadie, vivió –estoy seguro– un homenaje que, por muy merecido que lo tuviera, le haría superarse para vencer su intrínseca modestia. Y es que Asensio Sáez, que seguía teniendo, gracias a Dios, alma de niño, era un hombre ilusionado.

Entre sus libros podemos señalar “Cuatro esquinas”, “Monasterio de San Ginés de la Jara, en pliegos de cordel, vida y milagros del santo”, “Libro de La Unión”, “La Unión: su antología”, “Vivir no era una fiesta”, “El templo del Rosario de La Unión”, “Crónicas del Festival Nacional de las Minas en sus Bodas de Plata”, “El libro de las cuatro estaciones”, “La Unión: introducción a su historia y a su cante” (1972), “Navidad todo el año” (1995) o “La copla enterrada: Teoría apasionada del cante de las minas” (1998). Sus colaboraciones se produjeron en la Agencia Logos, “La Verdad”, cuentos y dibujos en ABC, “La Estafeta Literaria”, “Blanco y Negro”, “Triunfo”, “Monteagudo”, Tele-radio... De sus pinturas hay manifestaciones en el Museo de Bellas Artes de Murcia y en las pinacotecas de la Excm. Diputación Provincial, Ayuntamiento de Cartagena, entre otras, y murales en varias iglesias.

Su amor a La Unión se ponía de manifiesto en su obra “Libro de La Unión”. Dejó escrito: “No voy a caer en la pedantería, tan fácil por otra parte, por lo que de penosa y lenta supone esta labor, de asegurar que con mi ‘Libro de La Unión’ salvo su historia, pero sí que salvo muchas cosas de La Unión que estaban a punto de pere-

cer y que ahora van a quedar para siempre atadas aquí merced a muchas horas frente al cajón de los recuerdos de ese viejecito de La Unión que ha llorado al evocar tantas cosas muertas; frente a unos documentos de tinta evaporada, trazados por una mano que conoció otras manos rosadas y cálidas y hoy estrecha el polvo helado y las raíces; frente a un manojo de periódicos perdidos; frente al vetusto álbum de terciopelo azul de esa anciana que en su casa ayer rumbosa, recargada aún de mustios cachivaches inútiles, muestra unos ojos fatigados que ya no coincidirán jamás con los de esta dulce muchacha sonriente en una de esas fotografías descoloridas, que ella va mostrando nostálgicamente, cansadamente... Demasiados archivos quemados en un motín, demasiadas cartas destruidas en una guerra, demasiados nombres muertos. Demasiada ceniza, demasiado polvo. Se desmoronaban, si, se perdían para siempre muchas cosas, las cuales no hubieran echado de menos algunos hombres de la ciudad, pero sin los cuales La Unión hubiera sido menos ese pueblo romántico y fabuloso, Eldorado murciano con temperatura española de sueño y aventura.”

Su sentido de la Navidad lo ponía de relieve en su libro ‘Navidad todo el año’. Escribía: “Cierto es que en un mundo mordido por escalofriantes crisis, alcanzado por toda suerte de conflictos y crispaciones, la Navidad termina por abrir una tregua cordial. Por unos días el hombre deja de ser un lobo para el hombre. Piensa uno entonces en una sustanciosa fórmula salvadora, inédita hasta hoy, pequeña estratagema o lícita trampa para alargar como chicle el climax de la Navidad, así buscando y por supuesto hallando el modo de atrapar y mantener todo el año el auténtico espíritu pascual que, indudablemente, no consiste en posponer la retirada del belén de la sala de estar, ni en dejar de mandar a la leonera las áureas guiraldas del espumillón, ni en insistir en el guirlache sobre el mantel, ni, claro está, mucho menos continuar regando, con ejemplar ardor ecologista, el árbol de la Navidad.”

No sería justo omitir lo que expresó en ‘La Unión introducción a su historia y a su cante’. “A La Unión, esquina minera por la que Murcia maneja la gracia de ofrecer al mundo uno de los más hermosos cantes inventados por los hombres del pueblo, no le quedaba más opción que decirle a la copla ‘usted descanse en paz’ o agarrarle al cante las solapas para que no se fuera y que sí se iba. ¡Vaya que sí se iba! Porque día hubo, no excesivamente lejano, en que en La Unión cada guitarra, sellada su boca por el polvo o telaraña, mantenía una decisiva intención de ataúd. Los cabales que se llevaban a la boca el tercio de una ‘minera’, una ‘taranta’ o una ‘cartagenera’ misma-mente como si se tratara de un fruto en sazón, habían remitido la afición al oropel y la charanga, al flamenquismo de segunda mano con faralaes de percal y funciones de tarde y noche.”

En el libro de "Las cuatro estaciones", escribía en la Navidad de 1985: "A lo mejor, nunca se sabe, un día el hombre cansado de su prisa, de sus mamotretos de hormigón, de sus autopsias y de sus electrodomésticos que programan y cuadrícula su existencia, comenzará a echar de menos la impronta de las cosas elementales, el palpito de la naturaleza, como quien dice. Entonces, algo tan sencillo como es mirar tejas arriba para tomarle el pulso al cielo de cada día, podrá entroncarle de nuevo, de algún modo a la simplicidad y sencillez de muchos paraísos perdidos, a la verdad del alma serenada, a todo aquello que, en última instancia, viene a constituir, frente a la inestabilidad y mudanza de las cosas, las fórmulas eternas, lo inmutable".

En agosto de 1998, con motivo de "La copla enterrada", escribíamos en "La Verdad": "No voy a descubrir ahora a Asensio Sáez que tiene una mochila cargada de publicaciones, dibujos, pinturas, obras maestras reconocidas a todos los niveles. Pero no puedo negar que a Asensio le tengo cierta querencia porque es un unionense que respira en cartagenero, como me ocurre a mí, a la inversa. Y la lógica consecuencia de esa forma de ser se expresa de manera muy notable en este libro que termina hablando del Festival, pero en sus comienzos. Es un libro de historia, de germen, de nacimiento, de recuperación de la copla de nuestra sierra minera. Y ahí es donde está el apasionado Asensio dándonos lecciones de escritor sentido y profundo, de hombre que lleva en sus venas prácticamente el manganeso, que es común a La Unión y Cartagena.

El libro de Asensio se lee de un tirón. Y se goza de lo lindo. No escapa ningún secreto de los orígenes de nuestros cantes, ni falta ninguna cita a cantaor o cantaora de los que fueron y son. Asensio ha hecho historia con un libro apasionante, escrito con esa facilidad y ese dominio que le son tan peculiares a su estilo, en el que mezcla lo trágico con lo irónico. Hay citas de Marquerie, de Pemán, de Camilo José Cela, de García Viñolas, de Manfredi Cano y de tantos otros. Y junto a cantaores como Emilia Benito, Antonio Grau, Chacón, Eleuterio Andreu, Pencho Cros, ese saltar de Las Herrerías a Cartagena y viceversa al son de la copla. Mi admirado Asensio ha escrito otro gran libro".

Con motivo de su fallecimiento, escribía en "La Verdad": "Asensio era un hombre admirable desde todos los ángulos de su personalidad impregnada de un hermoso misticismo basado en el amor a Dios y a la tierra que le vio nacer. Sencillo, humilde, pero enormemente generoso, dotado de una cultura impresionante que no podía ocultar pese a su modestia natural, no fingida, una modestia que avalaba aún más la grandeza de su alma. Aunque él no quiso salir nunca de su amada La Unión, su obra sí tuvo trascendencia en páginas de periódicos a escala nacional. Y también la faceta

literaria y pictórica. Porque Asensio, sin discusión, era una figura polifacética, cuyo personal estilo se reflejaba en su obra.

Asensio Sáez, a quien quería, respetaba y admiraba desde el fondo de mis entrañas y con quien compartí incluso alguna publicación que él, con tanta sabiduría como acierto, me ilustró, era la sencillez encarnada, siempre presto a la colaboración, a la entrega, al servicio de los demás con prontitud, alegría y desinterés. Era ejemplar. Asensio Sáez llevó una vida inmersa en ambientes artísticos, relacionado a escala regional con la académica Carmen Conde, Antonio Oliver, Alberto Colao, María Cegarra y Ramón Alonso Luzzy, cimentando su labor de escritor y de poeta. Porque Asensio Sáez, que ejerció como maestro y que compartió su labor literaria con Salvador Jiménez, Francisco Alemán Sainz, Jaime Campmany, Gonzalo Sobejano y Juan Abellán entre otros, era un hombre polifacético, con un personal y encantador dominio de la pintura, que es un reflejo fidedigno de su espíritu limpio y amoroso, de su solidez cristiana.

Pertenecía a la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia, era Hijo Predilecto y Cronista Oficial de La Unión, donde tiene un Centro Cultural que lleva su nombre y estaba en posesión de la Encomienda de Número de la Orden del Mérito Civil. Su obra literaria fue de indiscutible valor, desbordándose su cariño por La Unión, a la que reflejaba con una sencillez y un sentido del amor propio de sus sentimientos. Del Festival del Cante de las Minas fue uno de sus propulsores; los trovos, las costumbres, los personajes eran vida propia para Asensio Sáez y constituía una delicia –y lo sigue constituyendo– el leer sus obras, como contemplar su pintura con un marchamo personalísimo.

De Asensio Sáez escribió el que fuera director de “La Verdad” Venancio Luis Agudo Ezquerro: “Su labor a la hora de contribuir a difundir la imagen de La Unión es inmensa e impagable. La ciudad estará siempre en deuda con él”. José Luis Castillo Puche afirmó: “Por supuesto ha contribuido eficazmente y en gran manera a difundir y potenciar la imagen de La Unión, una imagen de gran riqueza histórica y tradicional, y de encanto nostálgico siempre rico y perenne.”

Su intenso amor a La Unión no era excluyente si miramos hacia Cartagena. Compartíamos el ser Cronistas Oficiales de las dos ciudades y siempre puso de relieve su cariño y respeto por Cartagena y todas sus cosas. En Cartagena también se encontraba como en casa y vivía la problemática de la ciudad, sobre todo desde el punto de vista cultural y artístico. Estaba al tanto hasta de la pequeña historia con la que se identificaba y muchas veces reflejaba en su obra. Asensio Sáez era, en una palabra, un gran hombre de cuerpo entero. Una gloria y un referente para esa singular ciudad que es La Unión, a caballo entre Cartagena y el Mar Menor.